

COLABORACION DE LA VANGUARDIA

UN SIMBOLO

LA MANO DE RETOGENES

HEMOS subido al desnudo cerro en una mañana de diciembre en que el frío del Urbión congela los pedernales. Numancia hay que verla así, en el frío. Aquí el "general invierno" con sus implacables hielos y vientos, sirvió de aliado a los celtiberos, como siglos más tarde a los rusos frente a Napoleón y a Hitler. Veinte años duraba ya la guerra numantina, pesadilla de la República romana, como ahora el Vietnam para los americanos. Los generales venían y marchaban sin operación resolutoria. Jugaba en ello la política. El Senado opinaba y dirigía la acción exterior de la urbe. Este Escipión emiliano que desembarca en Tarragona en 134 antes de Cristo, para acabar con el conflicto, se envuelve en los mejores auspicios. Trae un estado mayor brillante en que figuran futuros caudillos. Piensa que el triunfo numantino, unido al anterior sobre Cartago, podría darle acaso autoridad para acabar con el gobierno de los oradores en nombre del ejército. Era un gran general y un buen organizador. Lo primero que restablece es la espartana austeridad entre sus hombres a los que encuentra corrompidos y desmoralizados. Luego, trae consigo a un escritor griego que se llama Polibio y que hace de cronista de la guerra, costumbre que se consolida entre generales y que más tarde César, simplifica, haciendo de historiador de sí mismo. Dicen que Escipión era hombre cultivado, humorista y relativamente moderado en su crueldad, ingrediente universal del guerrero. Después de un largo y complejo itinerario, llega frente a la ciudad rebelde que no aceptaba la civilizada "pax romana" y que era el escándalo de los senadores halcones para los que había simplemente que aniquilar cualquier foco de potencia bárbara rival —Cartago, Corinto— que existiera en el área mediterránea.

Se ha escrito muchas veces que, en el circunvalado asedio numantino, el orden, la cultura, el progreso y la ley estaban del lado de los sitiadores, inventores del derecho, de la lengua universal, de las vías de comunicación y de la técnica militar más adelantada. Por ello —arguyen los romanistas— el porvenir de la península se hallaba en el campamento de Renieblas, donde se hablaba el latín, y no en la muela de Garray, donde los indígenas se entendían en dialecto ibero cargado de raíces y resonancias vascas, pues el lenguaje euskeldun se despararramó por la Rioja a través del país de Cameros, hasta la cuenca del alto Jalón, como lo atestiguan, elocuente, la toponimia actual.

leyendo la historia escrita por los vencedores, se llega por de pronto a la conclusión

contraria. Los jefes numantinos poco evolucionados sin duda, sin más armas que la honda, la lanza y la fulgurante guerrilla ecuestre, tenían sin embargo un profundo sentido del honor y de la palabra empeñada en tratos con el enemigo. Toda la guerra numantina, que dura dos décadas, es un relato de convenios aceptados y cumplidos por los celtiberos y violados deliberadamente por generales y cónsules romanos con cínica frialdad. La expedición final de Escipión es injusta en su origen y, desde el punto de vista de los pactos establecidos, indefendible. Solamente el expansionismo colonial de la República de los Senadores explicaba aquella guerra de exterminio.

Pienso que de toda la trágica campaña de aniquilar por hambre a los encerrados en la ciudad —que tenía quizá veinte mil habitantes—, el conocido episodio de la fuga de Retógenes tiene más sugestivo perfil que ningún otro. Cuenta el cronista romano Apiano la increíble salida que hiciera el caudillo ibero con un puñado de resueltos camaradas cruzando de noche el muro, la empalizada, el río, la línea romana y la vigilancia de uno de los siete castros que apretaban como argollas el cuello alimenticio de los numantinos. Como estos hombres pudieron hacerlo, llevando además con-

sigo sus caballos es todavía, al cabo de dos mil años, un misterio del "suspense" heroico. ¿Llevaban puentes portátiles para atravesar el Duero? ¿Lo hicieron a nado en el invierno gélido?

Buscaba Retógenes con sus compañeros la ayuda exterior, el levantamiento de las ciudades y tribus vecinas, sobre todo las de los arévacos, sus hermanos de sangre y de guerra contra el poder invasor. Era la última esperanza, el recurso final de Numancia, cuyo espíritu combativo se mantenía tan firme que parecía —escribe un historiador— como un sitio al revés. Los encerrados atacaban sin cesar a los romanos envolventes que se retiraban al abrigo de sus posiciones fortificadas, defendidas con ballesteras y lanzas de considerable alcance y más mortíferas que las rudimentarias hondas indígenas. Al siguiente día ya estaban los fugitivos recorriendo poblados comarcas en son de guerra y subversión. Dicen que Retógenes llevaba en alto en su mano como símbolo un ramo de la plateada oliva de estos campos, escasa en fruto pero sutil en calidad, como el condumio de los pueblos austeros. No era esta vez signo de paz, sino de solidaridad angustiada, un llamamiento de la hombría amenazada, de telúrica hermandad entre peninsulares.

Poco duró el itinerario sblevante. La caballería de Escipión, alertada por sus espías, siguió los pasos de los numantinos escapados, alcanzándolos por las tierras de Osma, junto al Duero. Retógenes enardecía a los jóvenes que en masa querían seguirle. Los maduros, en cambio, meneaban la cabeza y cansados de tan larga lucha se plegaban resignados al "establishment" romano. "Este mozo alcaído...", pensarían.

Fue con sus compañeros sometido a la pena de cortar le la mano con la que hubiese blandido la antorcha de la guerra total. Luego, se quitó la vida como más tarde lo hicieron la mayoría de los defensores de la ciudad en el colectivo suicidio final.

Tiene un extraño poder de evocación esta meseta que encierra todavía, casi a flor de suelo, paredes y huesos calcinados, testigos de la gran tragedia. Volviendo hacia Soria surge el paisaje severo de los cerros plomizos que embalsamó para siempre Machado en el aroma de sus inmortales estrofas. Pero yo sigo pensando en la mano cortada, lívida y sangrienta de Retógenes, apretando convulsa el ramo de olivo, como un símbolo eterno y juvenil de la lucha del hombre por su libertad.

José María de AREILZA

TOROS PARA CATALANES (2)

PASEILLO IRONICO

ACERCA de los toros «antiguos», en efecto, no será necesario insistir. Los archivos concejiles de Barcelona y de Valencia, de muchas otras ciudades de nuestro dominio lingüístico, ofrecen noticias frecuentes de «corridos». Ni faltan en los dietarios oficiales y privados. No hubo acontecimiento solemne —entrada de reyes, triunfo militar, conmemoración religiosa— que no se celebrase con el suplemento de un número taurino. Podríamos reportar datos muy concretos del siglo XIV, y tal vez anteriores. Y si hubiésemos de creer lo que don Cristóbal de Virués cuenta en los versos de «El Monserrate» («en cañas, toros, justas y torneos... / ocupa el regocijo en Barcelona / cualquier estado y suerte de persona»), la costumbre se remontaría a la época condal y romántica. Por entonces, la lucha con la bestia era un deporte aristocrático, o algo así: una exhibición de fuerza y de destreza que los nobles ofrecían al candor de las masas subalternas, al tiempo que les servía de ejercicio de emulación. También debió de tener mucho de juega plebeya, a la manera de las capeas pueblerinas, como simple desahogo de temeridades. Pero el festejo sería tan sangulnolento y torvo como ahora. Las multitudes nativas se solzaban en el entretenimiento: lo consideraban muy «suyo», perfectamente «nacional». Y no parece que las asaltase ninguna aprensión...

En cuanto a los toros «modernos», tampoco cabe decir que la repugnancia catalana fuese excesivamente enérgica. Admito que en Sevilla, en Madrid, en Córdoba o en Salamanca, la afición alcanzase un mayor grado de raigambre y de furia. De todos modos, eso no quita para que renocozcamos la raigambre y la furia que logró entre nosotros. En realidad, será superfluo cualquier esfuerzo por probarlo. No se trata de ningún secreto. Y el hecho mismo de que los literatos del Catalanismo, del Republicanismo y de la Acracia, en rara coincidencia, predicasen tan ácidamente contra la taurofilia, ya da a entender que el mal estaba bastante extendido. No sé si estará de sobra traer a cuento alguna anécdota de refuerzo. ¿Vale aquella de la primera quema de conventos, en Barcelona, que la copia anónima atribuía al desencanto popular, tras una corrida desastrosa por fallo de la ganadería? La letrilla es muy conocida. ¿Y cómo eludir aquí unas rayas de mossèn Cinto, de «En defensa pròpia»? «S'esbombà per la ciutat la nova de que se m'havia passat per la vergonya de fer-me agafar i portar a Vic per la Justícia, i quan fins les persones que no em coneixen se'n condolien, sentint a la cantonada del carrer trepig de cavalls i fresseig de rodes i cascavells, me deixi temptar de la curiositat. Doncs era mon cosí Verdager i Callis que se n'anava als toros, en carretel·la, amb son clavel a la solapa i son calanyés, ai costat de sa esposa...» Nada menos que don Narcís Verdager i Callis, fundador o precursor de la Lliga: lo del sombrero y el clavel es para mayor inri.

Y de esto hasta llegar a las «Noces de la Tauromàquia» que cada año se organizan —mediando las fuerzas vivas— en Figueras, pasando por mil certificados más, el material disponible es de una exuberante significación. Vic y Olot fueron, en su día, locales de afanosa filiación tauromàquia, según me han informado. ¿Y qué más «catalán» que Vic o que Olot? Y Cardona. Y... El lector puede estar pensando que arguyo un tanto capciosamente, al omitir en la reseña las previsibles indicaciones valencianas. No ocultaré que, al sur del Ebro, los toros todavía cuentan con más cartel, con más nombres memorables, con más plazas, con más —¿más?— público que al norte del río em-

blemático. Pero como los valencianos pasamos por ser unos catalanes de segunda, descoloridos e híbridos, prefiero esquivar por ahora la referencia. Me cño, pues, al Principado, y a sus comarcas más «seguras». En definitiva, sólo pretendo poner en evidencia la expansión y la perduración del denostado y maléfico toro en el propio «rovell de l'ou» del país... Y que no se carguen todas las culpas sobre las sufridas masas ignaras. Porque ahí tenemos a don Antonio Capmany i Mompalau, que en «La verdad esclarecida», y más aún en la «Apología de las fiestas públicas de toros», opúsculos publicados a principios del Ochocientos, puso una patética vehemencia en la defensa de la lidia.

Ultimamente se ha producido una ligera reivindicación de la figura de Capmany, que hasta hace poco sólo era recordada por aquello del «Idioma muerto para la república de las letras». Está bien. Don Antoni no tenía un pelo de tonto. El señor Cossí nos facilita unos párrafos de su «Apología», y he aquí unas perlas del alegato: «Del desastre de Pepe-Hillo en la corrida del 11 de mayo del 1811, y de algún otro que suceda, se infiere que un lidiador de toros puede morir. ¿Quién lo ha de negar? Pero el público no va cerle morir, sino a ver cómo no muere. A esto había ido por espacio de veinticinco años, y lo había logrado...» Etcétera. El sofisma es ingenioso. Y luego, esta versión «proteccionista» de la fiesta: «Su vista, a lo menos, no afemina los hombres, su producto no sale del reino; su aparato es manufactura nuestra; el criador vende sus toros, y los caballos de desecho o matalones tienen algún valor antes de ir a una tahona o al muladar...» Un intelectual de nuestra más conspicua ilustración era capaz de bordar tan singulares filigranas. Hay que apuntarlo. Y aceptarlo. Aceptar, o prescindir de Capmany, claro. Pero no voy a meterme en camisa de once varas, ni tengo derecho a dar o a retirar patentes de «catalanidad» a difuntos insignes. Que cada cual opine como quiera... Lo único que interesa, bien mirado, es la circunstancia de que la «afición» no se redujera a la población rústica o analfabeta. Los «cráneos privilegiados» —algunos al menos —eran igualmente partidarios de las banderillas, del picador, de la muleta, del estoque que degüella. ¿Y hasta cuándo?

Ayerich, y creaba póstumas dificultades dialécticas a los clamores futuros de Costa, de Pla, de Folx. Me abstengo de preguntar si Prat de la Riba, Cambó o Macià fueron alguna vez a los toros: la consulta parecería, además de irreverente, boba. Lo fuese o no, tampoco es éste el problema. Quizá la encuesta resultara más aleccionadora a otros niveles. Hablando de estas cosas con María Aurélla Campmany, la autora de «Un lloc entre els morts» me explicó un encantador episodio familiar, que trataré de reproducir. Tendría María Aurélla veintitantos años, cuando un día asistió a una corrida. Al comentar en familia, su padre, don Aurell, catalanista de toda la vida, sardanólogo competente y hombre de bien, apostilló, como en sordina: «A mi, m'havien agradat els toros...» Su esposa quedó asombrada de la confesión: «No m'ho haves dit mai!». La señora Capmany no era menos catalanista que su marido, pero pertenecía a un estamento más elevado. Don Aurell, como excusa, dijo: «Es que, si l'ho hagués dit, potser no l'hauries casat amb mi!». La hija novelista ceraba con un toque de humor su relato: «Havien tardat vint-i-quatre anys a dir-s'ho!». Era como un pecado sigiloso y reprimido. ¿Era, también, una excepción?

Joan FUSTER

DE UNA POLEMICA TEATRAL

Brecht y Grotowski

PARECE como si todavía no hubiéramos aprendido, culturalmente, la vocación amarga de la libertad. Esta, para bien o para mal, es imprescindible cuando se trata de la creación artística; no hablo, repito, de la libertad como un albergue cómodo, sino de una intemperie frente a la cual debemos elegir.

Porque, a fin de cuentas, privilegio y servidumbre del creador es la angustia de su libertad. Especialidad del político son los puntos de su programa; la del artista es un alarido que funciona como aguafiestas. El artista parece, por lo general, refractario a cualquier género de uniformes; el artista, hermano rebelde y entrañable del político verdadero, dirá el dolor que no supieron todavía recoger los programas.

Tratándose de plástica y decoración, nuestro mundo cultural se halla siempre abierto a todas las innovaciones. Ello, en el fondo, representa una opción por el cambio superficial a fin de que intilmente nada cambie. Ocupadísimo en disponer el decorado, no pensaremos en preparar el corazón y la inteligencia de quienes, en su día, han de representar la obra. Ya estoy expresándome en términos de un asunto, como es el teatro, especialmente querido para mí.

Por estas latitudes, en determinados sectores intelectuales y sociales, se aplica todo género de dogmatismos, para un buen día, de la noche a la mañana, cambiar de chaqueta con la más sorprendente desevoltura. Así ocurrió, en el campo de la vanguardia teatral, con los dogmáticos de Brecht que, de pronto, han amanecido dogmáticos de Grotowski. Tratándose de dogmas y de dogmatismo (actitud, como todas las humanas, muy respetable), parecen lógicas la crisis espiritual y la conversión, seguidas del necesario período de arrepentimiento; ahora bien, lo que en semejantes situaciones no parece serio es colgar los hábitos así como así. Nadie, en fin, aceptaría un San Pablo que no acusara, en su camino de Damasco, la comoción de una crisis tremenda, un apóstol que abandonase la religión mosaica porque, simplemente, el cristianismo fuera más «in».

Todo, naturalmente, cambiaría si planteáramos los fenómenos culturales con criterio de veras liberal, si los vientos del exterior fueran para nosotros, no patrones rígidos que, generalmente, se interpretan de modo erróneo, sino sugerencias susceptibles de una síntesis acorde con nuestra específica circunstancia. En tal sentido, puede haber una plataforma desde la cual Brecht y Grotowski no sean forzosamente incompatibles. Parece fuera de duda, por otro lado, que hay una fundamental contradicción entre ambos directores teatrales; ello vendría a representar, según mi punto de vista, como un equivalente del enfrentamiento Marat-Sade, llevado al campo de la dirección escénica. Para el Marat presentado por Peter Weiss como para las concepciones brechtianas, cuenta más el movimiento de la historia que la íntima peripécia del individuo. Muy otra es la actitud de Grotowski: éste, en efecto, viene a seguir la línea de Sade en la pieza citada. Grotowski, dije ya en estas páginas, «hace tabla rasa de la historia»; ello, por cierto, me valdría la acusación de ignorar su método, por referirse claramente dicho director a muy concretos acontecimientos históricos en sus realizaciones escénicas. Debí, sin embargo, tener en cuenta mi contradictor que, refiriéndonos a un acontecimiento histórico, cabe a la vez negar la historia como agente decisivo en la aventura del hombre. Si, por ejemplo, se presenta o se tiende a presentar el mundo de los campos de concentración como algo que fundamentalmente ya ha sido y siempre será, como ejemplo de que «no hay nada nuevo bajo el sol», hacemos tabla rasa de la historia, al menos ante las concepciones progresistas que afirman el cambio y el devenir, en la corriente de un tiempo irreversible. Ya era significativo que Grotowski escogiera para darse a conocer en la Europa occidental «El príncipe constante», de Calderón. Se trata, desde luego, de una versión libérrima; ahora bien, es el caso que el propio Calderón ya hizo de su protagonista. San Fernando de Portugal, figura histórica de carne y hueso, un símbolo del eterno Job, doliente y desnudo.

¿Hay, en fin, algo legítimo y ligado a la condición del arte, con todos sus posibles abusos, en las orientaciones de Grotowski? Yo diría que sí. Aquí me remito a lo que sostuvo más arriba: podemos muy bien hallarnos ante un alarido que funciona como aguafiestas. Porque, aun afirmando el poder creador de la historia, siempre debe dolernos la todavía terrible semejanza del dolor antiguo con el dolor actual.

Angel CARMONA RISTOL

Modelos para ANCIANO, ADULTO Y NIÑO Plegables, extensibles y fijas



Motociclos, aparatos mecánicos para Minusválidos, mandos especiales para toda clase de automóviles.

BASTONES GRADUABLES

LIFANTE Sicilia, 113-Barcelona-13